



## JOSÉ VALÍN ALONSO

INGENIERO DE CAMINOS. Ex Consejero de Agricultura y Ganadería de la Junta de Castilla y León. Ex Senador.

¿Por qué un chico de Tierra de Campos opta por estudiar Caminos?

En efecto, yo nací en Villalón de Campos y allí estudié hasta primero de bachiller; luego vine a Valladolid –en Villalón no había instituto– y me matriculé por libre en el Zorrilla el primer año; el resto del bachillerato lo cursé en Maristas. Sí que es cierto que yo era de los chicos –o chiguitos, como se dice en Tierra de Campos– que sacaba matrículas de honor, y también que la ciencia me gustaba sobremanera, pero por decir la verdad, no tenía una vocación clara. Incluso me planteé estudiar químicas o medicina. Ocurría que yo ya tenía un hermano estudiando ingeniería industrial en Madrid, y parecía lógico que yo acabara allí. Además mi padre me reconvinó: “Hijo, puestos a estudiar ingeniería, estudia una ingeniería-inginería”, esto es, Caminos. Como se ve, nuestra carrera tenía mucho prestigio entonces.

Por el entorno rural en que vivías, hubiera parecido también lógico, o incluso más lógico, que hubieras estudiado ingeniería agronómica.

Pasa con esto como con tantas otras cosas, que tienes los árboles tan cerca que no reparas en ellos, ni en el bosque. Quiero decir que de tan cerca que tenía el *agro*, no di mayor relevancia a las labores agrícolas y ganaderas, y a todo lo demás que tenía que ver con unos hechos perfectamente cotidianos para mí.

“Una posible razón de que el ingeniero mande menos, si queremos decirlo así, es que ahora hay más políticos que entonces: donde sólo había un director general ahora hay varios, y con las consejerías tres cuartos de lo mismo. Es una realidad”.





Terminas la carrera en 1971, con 22 años. Es el año de “los últimos de Filipinas” del Plan 57. ¿Había resquemores entre unos ingenieros-ingenieros, que habían sufrido un curso de iniciación para ingresar, y los “new boys” del Plan 64?

Yo era ya de la 3ª promoción del nuevo plan, y en ningún caso tuve conciencia de ese posible mal y subido miramiento. Además, entre un plan y otro, la diferencia no era tanta en lo que toca a la dureza de los estudios cuanto en los años que se tardaba en acabar (todo era más aligero, claro está, sin curso de iniciación). En todo caso, hay que tener en cuenta que quien estudiaba Caminos en aquella época, fuera del plan 57 o del 64, era un buen estudiante, con numerosas matrículas de honor en el bachillerato, y por tanto había un nivel alto.

De tu paso por la Escuela, ¿con qué te quedas, cuáles son tus valoraciones sobre profesores y asignaturas, etcétera?

En general, hay que decir que, aun siendo la exigencia muy alta, tampoco era el león tan fiero como lo pintamos a menudo. Es paradigmático, a este respecto, el caso de D. Carlos Ortuño, catedrático de Fundamentos. Los temidos y mal llamados problemas de “idea feliz” no eran más, ni menos, que ejercicios sobre puntos singulares de la teoría, y por tanto había que profundizar en el conocimiento, no valía sólo con resolver el problema.

En cuanto a la formación del ingeniero, yo estaba y estoy conforme con que se prime la teoría. Sin exagerar, claro. De hecho, yo eché en falta en algunas asignaturas una mayor profundización y un más completo desarrollo del temario, como en el caso de ferrocarriles o en todo lo relacionado con la energía. Por el contrario, es verdad que, en general, la enseñanza adolecía de pocas prácticas, de poco pisar la obra y el taller. También noté algunas carencias en asignaturas tecnológicas como maquinaria, donde era clásico el problema de los cables y los blondines, pero nada te decían de una válvula robotizada, por ejemplo.

De la economía y de los deberes y haberes de un balance, o del control de costes, os contaré una anécdota que lo dice todo: cuando yo empecé a trabajar en una constructora, el encargado se acercó a decirme una mañana que había llegado un compresor, y que si firmaba el albarán. ¡Y yo no tenía ni idea de lo que era un albarán!... [Risas].

En suma, y a pesar de todo, a mi juicio la enseñanza era buena.

Elegiste la especialidad de Hidráulica. ¿Ya tenías esa vocación *avant la lettre* por haber nacido en una “tierra sin agua”, o en una “tierra sin bautizar”, como ha escrito Jesús Torbado?

Cuando empecé los estudios, no tenía ninguna preferencia clara, pero sí que a lo largo de la carrera me encaminé hacia el mundo del agua. Primero, porque en esta rama había muy buenos catedráticos, como Alfonso Álvarez o Eugenio Vallarino o Antonio Osuna, y aprendías mucho; segundo, porque en materia de depuración, por ejemplo, había mucho que hacer, y además era una técnica novedosa y puntera; y tercero, porque por aquel entonces, en efecto, estaba en marcha un Plan “Tierra de Campos” para regar los *campi gothorum*, o campos godos, que así conocían los antiguos a esta comarca.

Por acabar con los estudios, ¿cuál crees que es la mejor formación *ex post* para un ingeniero de caminos, ahora que parece obligado cursar un MBA?

Yo no soy partidario de los cursos que te “sacan” de la profesión, pero sí soy un convencido y firme defensor de la necesidad de una formación continuada. Quiero decir que un técnico ha de estar a la última en la ciencia del ingeniero, o como dicen en el mundo anglosajón, ha de conocer “the-state-of-the-art”, y soy partidario de saber mucho de lo tuyo antes que saber poco de casi todo.

Por otra parte, para mí no cabe duda de que la mejor formación es tener unos buenos maestros. Ya lo decía Sempronio en *La Celestina*: “Miserable cosa es pensar ser maestro el que nunca fue discípulo”. Yo tuve la suerte de aprender, bien y mucho, de Juan Torres Piñón y de Enrique González Paglieri, que además siempre apostaron por que su empresa [Netaigua] estuviera en la



vanguardia: todos los lunes por la tarde los técnicos de la empresa nos reuníamos para intercambiar saberes técnicos, soluciones novedosas para resolver problemas en las obras, etc.

Comienzas tu carrera profesional en Barcelona y en una empresa de ingeniería especializada en depuración de aguas. ¿Fue elección o necesidad?

Bueno, ni una cosa ni otra: Victoriano Reinoso, que llegó a ser presidente de Unión Fenosa, era buen amigo y me llamó desde Barcelona y allí que me fui. Es verdad que parecía más lógico haber buscado trabajo por aquí, por cuanto mis padres y mi novia estaban en Villalón, pero la cosa salió así. Y no salió mal: al tiempo el noviazgo devino matrimonio y mis tres hijos nacieron en Barcelona. Sí es verdad que tuve una oportunidad de volver a mi tierra para construir unos canales de riego, e incluso ganando más dinero, pero como Enrique González Paglieri me aclaró, oportunidades para ganar dinero en la vida hay muchas, o cabe que haya, pero la suerte de estar en una empresa innovadora y de disfrutar con tu trabajo, no hay tantas.

Después de haber participado en la construcción de EDAR como la de Besós o la de Bogatel con Netaigua [1972-1981], vuelves a Madrid con Constructora Internacional [1981-1982] y con FOCSA [1982-1983] para inmediatamente incorporarte al Canal de Isabel II. ¿Por qué este cambio de rumbo?

En aquellos años, cuando se crearon las Comunidades Autónomas, la ilusión era mucha, y en Madrid –todavía existía la Diputación– el reto en materia de depuración de aguas era mayúsculo. Nos incorporamos gente joven con muchas ganas de hacer cosas y de hacerlas bien, y en el Canal también tuve la suerte de tener un muy buen jefe, Miguel Aguiló. Entonces se puso en marcha un ambicioso plan de saneamiento en toda la provincia y pudimos planificar *ad libitum*, esto es, que no tuvimos que hacer depuradoras en todos los pueblos porque lo pidiera un alcalde, sino que la red de saneamiento y depuración que proyectamos, con muchos kilómetros de colectores, fue racional y devota de la técnica, que es decir perseguidora del interés público.



Al poco, y siendo muy joven, te nombran Director Técnico del Canal.

Hay que tener en cuenta que, a pesar de mi juventud, era de los pocos compañeros que había empezado mi carrera profesional proyectando y construyendo depuradoras, y por aquel entonces las técnicas de depuración “avanzaban que era una barbaridad”, como canta Don Hilarión en *La Verbena de la Paloma* [risas], y el Canal era un organismo puntero.

Luego, de buenas a primeras, preparas las oposiciones a la Junta de Castilla y León y te vienes para acá [1988]. ¿Por qué?

Por diversos motivos; digamos que laborales, familiares y personales. A propósito de estos últimos diré sencillamente que me “tiraba” mi tierra.

Inmediatamente te haces cargo, como jefe de servicio, de las “aguas sucias”, mientras Javier Arribas se encarga de las “aguas limpias”. ¿Cómo fue aquella etapa? ¿Qué aportasteis los ingenieros de caminos?



Cuando yo llego, ya había algunos compañeros transferidos del Estado, y todos ellos con muy buen nombre: Carlos Casaseca en carreteras, Carlos Sánchez Lastra y Javier Arribas en lo que ahora llamamos medio ambiente, etc.

En materia de aguas, las necesidades no eran pocas. Juntamente con Javier Arribas –uno de los mejores gestores administrativos que he conocido– planificamos, en función de los dineros y de la urgencia de las actuaciones, numerosas EDAR: Ávila, Segovia, Soria... y redes de colectores, como la de Valladolid. Fue el inicio de una política hidráulica y medioambiental que luego han continuado otros compañeros con el mismo o mayor acierto.

Es una cosa manida, pero sí parece cierto que entonces un jefe de servicio tenía mucha más capacidad de decisión que ahora. ¿Lo corroboras?

Completamente. Os diré que era yo, y no el director general, quien negociaba los convenios con los alcaldes, incluidos los de las grandes ciudades. Y esto es lo sensato, por cuanto habitualmente –aunque con excepciones dependiendo de la formación del director– el jefe de servicio conoce con mayor profundidad y detalle que un director general –que se ocupa de esas cuestiones durante un tiempo limitado– la problemática de su especialidad, y además tiene una visión histórica más amplia. Por otra parte, una posible razón de que el ingeniero mande menos, si queremos decirlo así, es que ahora hay más políticos que entonces: donde sólo había un director general ahora hay varios, y con las consejerías tres cuartos de lo mismo. Es una realidad.

En 1991 das el salto, justamente, a un puesto de responsabilidad pública o política: Director General de Estructuras Agrarias. ¿Qué sensaciones tiene un técnico cuando le nombran como alto responsable de la cosa pública? ¿Qué diferencias notaste al trabajar con ingenieros agrónomos en lugar de hacerlo con ingenieros de caminos como hasta entonces?

De mi trato con estos “otros” profesionales diré que soy Ingeniero Agrónomo Honorario de su Colegio, así que como es claro mi relación fue excelente.

[Pepe también es Veterinario Honorífico del Colegio de Veterinarios de León]. De ellos aprendí que el rigor administrativo es fundamental para no pifiarla. Diré por qué. En nuestro trabajo, la técnica es de gran relevancia, pero cuando tienes que habértelas con estructuras de la propiedad, con fuertes componentes sociales y personales, el orden y jerarquía de las prevalencias cambian. El rigor, no ya en la toma de decisiones, sino en el procedimiento administrativo y en la implantación legal de esas decisiones adoptadas, se hace valor principal, muy por encima de otros, incluida la técnica.

En cuanto al “no-ser” técnico por “ser” político, *lato sensu*, has de saber que tienes un mandato y que en consecuencia has de actuar con unos criterios distintos a los que manejamos como ingenieros. Siempre, por supuesto, en aras del interés público.

En 1996 te haces político “de verdad”: eres nombrado Consejero de Agricultura.

En efecto, aunque si por político “de verdad” entendemos al que se afilia a un partido determinado, yo no lo fui hasta cinco años después de ser nombrado. Mi nombramiento tuvo mucho que ver con que a Isaías García Monge, Consejero cuando yo era Director General, le nombraran Delegado del Gobierno en Castilla y León. Isaías es también de Villalón y los dos somos amigos desde niños. Por otra parte, para mí, y para cualquier ciudadano *engagé*, ocupar un puesto de muy alta responsabilidad pública es un reto y un orgullo. Y también, por qué no decirlo, y aunque no sea del todo cierto aquello del *vanitas vanitatis et omnia vanitas* [*Eclesiastés*, 1:2], todos ansiamos un cierto reconocimiento de los demás.

¿Qué extraña, y qué aporta, un ingeniero en política?

Un ingeniero se centra mucho más en los problemas reales, y menos en los políticos, que son problemas de otro orden, más generales: cuidar la imagen, la relación con las fuerzas sociales, etcétera. Por esto mismo, y aunque parezca *a priori* una contradicción, para sacar el mismo rendimiento en su labor, un ingeniero ha de esforzarse más que un político *tout court*.



Por lo demás, a mí me plugo plenamente mi trabajo de Consejero, aun siendo la agricultura y la ganadería un asunto en extremo complejo en una Comunidad como la nuestra; a pesar de haber lidiado con morlacos de romana (peste porcina, vacas locas, topillos...), no me puedo quejar, pues goberné cuando había presupuestos holgados. [Risas] Sí me he quedado con una espina clavada: el despoblamiento de los pueblos. Por más que apostamos por la industria agroalimentaria, la realidad es que no puede haber una fábrica en cada pueblo. Es un problema de muy difícil solución.

Alcanzas la "cumbre de toda buena fortuna", por decirlo en palabras de Lázaro de Tormes, en 2007, cuando te nombran senador. ¿Cómo ha sido esta experiencia?

Desde luego, no hay mayor privilegio para un hombre que quiere contribuir al bien de todos que poder hacer y cambiar las leyes. Pero la realidad luego es muy otra, y en este sentido puedo calificar también de decepcionante mi paso por el Senado. No porque no aportes cosas de interés, sino porque el margen que tienes para cambiar esas leyes es escaso: las grandes líneas del legislador vienen dadas en muchas ocasiones por el poder ejecutivo, y también por las cúpulas de los partidos políticos.

¿Por qué crees que, habiendo habido una tradición de ingenieros-políticos, cada vez hay menos compañeros en los escaños de las Cortes o de los parlamentos autonómicos?

A mi entender, por dos razones: la primera, porque hasta ahora los ingenieros de caminos no han tenido que buscarse la vida de otra manera, es decir, que hace cuatro o cinco años había trabajo y remuneraciones bastantes. Ocurre lo mismo, por ejemplo, con dentistas o notarios, que pisan poco las alfombras del Congreso. Y por otra parte, hemos descuidado la visión de lo público: si no quieres ser protagonista de lo que se cuece en tu sociedad *hic et nunc* [aquí y ahora], la sociedad no va venir a buscarte.

¿No crees que también condiciona mucho la voz de nuestra profesión el que directa o indirectamente "comamos" de la Administración, que es decir en buena medida de los políticos?

Es más cuestión de instinto de lo político, y hay que apostar por estar ahí; estamos pagando habernos quitado de en medio, y haber disfrutado, tal vez, de una posición cómoda.



Olvidémonos de la política. Son conocidas algunas de tus aficiones, entre las que están la lingüística y el tango. Tu perfil parece emparentado, nuevamente, con una tradición arraigada, *ma non tanto*, en nuestra profesión: el ingeniero que tiene otras inquietudes, y muy significadamente las culturales. ¿Piensas que para ser un buen profesional la amplitud de miras es imprescindible?

Sin duda. En su trabajo, el ingeniero ha de profundizar en su ciencia tanto como pueda, pero no es suficiente. Sin una visión global de las cosas, que incluye vivir en tu tiempo y en tu espacio, serás un buen profesional, pero



raramente un gran profesional que no sólo cumple con su trabajo, sino que se anticipa a lo que está por venir, y por tanto condiciona ese futuro. Siempre me gusta citar a Elías Canetti: “el futuro siempre falla: influimos demasiado en él”.

Dicho esto, y parece claro, si no estás en todo eso, será muy difícil que innoves, que aportes algo nuevo y con valor, y así nunca estarás en la vanguardia, en la élite. Por lo demás, no sólo se trata de ser mejor ingeniero, sino de ser una persona más plena en tu humanidad: la vida es variada y cuanto más aprehendas, mejor te sentirás.

Otra de tus facetas es la de articulista en periódicos, unas veces por razón de tu cargo y otras como persona “en el mundo” y en su tiempo. Son pocos los ingenieros que escriben en los medios escritos o que participan en tertulias televisivas o radiofónicas. Otra vez más, estamos fuera.

Sí, es verdad. De mí puedo decir que esos artículos son una forma de comunicarme, de compartir mi opinión con los otros, porque al cabo el hombre es un “ser-para-el-otro”, pero también lo hago para definirme yo mismo, para conocer mis contradicciones y para decir a los demás lo que pienso, lo que creo que debería hacerse. Es algo muy distinto del columnista de mera opinión.

¿Por qué esta afición a la lingüística?

Podría contestar que porque *in principio Verbum erat* [Génesis, 1:1] y no engañaría. Para mí el hombre piensa porque posee el lenguaje, es su probóscide. Yo me aficioné a las cosas de las etimologías o a la gramática generativa de Chomsky [*vide infra*] en el Colegio Mayor, y luego siempre existen esas afinidades electivas de que hablaba Goethe. Por otra parte, es algo sabido que la técnica o una sociedad avanza cuando crea lenguaje, cuando éste está vivo.

¿Tiene también que ver el tango con esa prevalencia de la palabra? Lo decimos porque no existe otra música, acaso, con letras tan elegantes. Por ejemplo, y dado que hoy es San Valentín, valga esta letra del tango *Cuesta abajo* como

muestra: “Sólo quiero que comprendan / el valor que representa / el coraje de querer”.

Sí, el tango es el desgarramiento del hombre que fracasa pero también del hombre que lucha por la vida. Mi afición viene de casa: a mis padres les gustaba bailar y mi madre lo cantaba. Luego en el Colegio Mayor, un compañero lo cantaba francamente bien y fue él quien me inició en los arcanos de este arte. Más tarde en Barcelona frecuenté algún cafetín músico y allí me dejaban cantar, no sólo tangos, sino toda la música iberoamericana: Atahualpa Yupanqui, boleros, milongas...

Para acabar con la entrevista, Pepe, y la crítica ha de ser extremada, ¿qué hace mal el Colegio y que debería hacer?

Diré primero que la comunicación con los colegiados ha mejorado notablemente. Hasta hace poco yo no sabía de los envíos electrónicos que hacéis desde la Demarcación y me parecen francamente buenos. También hay que reconocer que al haber aumentado tanto el número de colegiados, no es fácil que el Colegio sea un órgano de aglutinación, pues los intereses de todos nosotros son muy dispares. Si soy especialmente crítico con dos cosas: la primera, que no se ponga en marcha un mejor servicio de empleo que busque nuevas oportunidades en el extranjero, ahora que aquí hay pocas posibilidades. Y segundo, y ésta es mi crítica principal, el Colegio no hace suficientemente sus labores de *lobby*, en el buen sentido. Debería defender en voz alta lo que piensa la profesión, y que así lo supieran también los otros: si no te plantas y dices “aquí estoy yo”, te pasan por encima. Por ejemplo, y aunque parezca tirar piedras contra nuestro tejado, yo no escuché de ningún representante del Colegio que la “burbuja de obra pública” no era sostenible, o que la apertura de tantas Escuelas no contribuía a una mejor educación, lo mismo que ocurre con Bolonia. En conclusión, no hemos sabido prever el futuro y condicionarlo, en consecuencia. Pero todavía estamos a tiempo.

[Entrevista realizada en Valladolid, el 14 de febrero de 2012, por María González Corral y Javier Muñoz Álvarez]

**NOTA:**

En 1957, Noam Chomsky, con la publicación de su obra *Syntactic Structures*, revoluciona el gallinero lingüístico: pretende, con un conjunto de reglas o principios, predecir las combinaciones que aparecen en oraciones gramaticalmente correctas para una determinada lengua. Una revolución, a juicio de Emilio Alarcos Llorach (*Gramática funcional del español*), "de cebo": "Aunque admiramos la rigurosa construcción mental de la llamada «gramática generativa y transformativa» (lo de «transformacional» es calco facilón de aficionado), se ha de decir con toda sinceridad que tales exposiciones son sólo útiles cuando se trata de cebar una máquina electrónica de traducir, pero que no añaden prácticamente nuevo a lo que ya sabíamos. También pensamos que la presentación matemática (más bien cuasi-matemática) de los hechos lingüísticos no aporta un mayor rigor a nuestra ciencia: se ahorra, sí, páginas, pero el lector ha de consumir más tiempo en interpretarlas".